LA PRIMERA PATRIA DE LOPE

... que nuestra primera patria son las mujeres y nunca salimos de vosotras...

"*La Dorotea*", acto I.

Todo en la vida de Lope ha sido un glorioso desorden. Ha pasado por la vida tomando y derramando a manos llenas lo que tomaba. Y he aquí que, en la ancianidad, siente en su corazón hambre de paz y de reposo. No se pueden borrar los errores pasados, pero pueden atenuarse sus huellas, poner en las heridas viejas un poco de paz. Y así, aquel Lope que ha sido admiración y escándalo de Madrid vive ahora callada, ordenadamente en su casa de la calle de Francos. Probablemente escribe horas y horas, después de celebrar misa en la parroquia o en el oratorio de su casa y de regar el jardín. Un jardín "más breve que cometa, tiene sólo dos árboles, diez flores, dos parras, un naranjo, una mosqueta. Aquí son dos muchachos ruiseñores, y dos calderos de agua forman fuente por dos piedras o conchas de colores". Los muchachos serán los hijos supervivientes. Los demás murieron o se borraron de su vida.

Han convivido en el hogar hijos de madres diferentes. Con el mismo desorden que llegaron, desaparecen. Antoñica Clara acaba por ser el único vestigio de amores pasados. Cuando Lope escribe, la niña entrará en su habitación, le pedirá que juegue con ella. Lope no la llamará hija: ahora, precisamente, cuando los hijos reconocidos ya no están allí. Pero Marta, la amante, la madre de la niña, sí está. Con ella sí puede hablar, en estas horas crepusculares de su vida. Ante Marta de Nevares puede quitarse la máscara. Todos los momentos de su vida pasada cobran presencia merced al poder creador y liberador de la palabra. "De mi vida, Amarilis, os he escrito lo que nunca pensé: mirad si os quiero, pues tantas libertades me permito." Todo aquello que son datos, sucesos, peripecia, se lo ha confesado a Marta. "Lo demás preguntad a mi poesía: que ella os dirá, si bien tan mal impresa, de lo que me ayudé cuando escribía."

Pero también Marta, la Amarilis de sus últimos versos, ha de morir. Y la muerte ha sido larga. Primero, la ceguera. Después, la locura. Lope, el hijo del poeta y de la actriz Micaela de Luján, muere en Indias. Marcela va al convento. Antoñita Clara es raptada a los quince años. El anciano queda definitivamente solo. Sin nadie a quien amar.

Este es el principio de la muerte para quien amar fué el motor de su vida y de sus versos, la razón apasionada que justificaba todos los errores y desórdenes. Es el momento de empezar a recapitular. El momento de escribir largas epístolas a sus amigos, como si en ellas quisiera dejar testimonio de su desolación. Nunca en su larga vida adquirió la musa de Lope tan serena actitud, resignación tan amarga. La vida sentimental va siendo desgranada en las obras últimas. En ellas no pretende ya el aplauso de los doctos, como en sus poemas épicos, ni la aprobación del vulgo, como en sus comedias, sino la comprensión de unos pocos amigos. A veces parece hablarse a sí mismo. Y cuando repase sus papeles publicados o inéditos, le harán daño en el alma tantos nombres transfigurados que levantan en su recuerdo figuras de mujer: las mismas que fertilizaron su vida, dándole hijos del espíritu e hijos de la carne. Paseará, en la imaginación, por su primera patria.

El amor de sus esposas legítimas debió de ser sereno, suave, sin grandes pasiones una vez pasados los primeros instantes de su encuentro. Isabel de Urbina, la Belisa de sus versos, y Juana de Guardo pasan por su poesía dejando en ella imágenes más bien convencionales. Lope cantaba, "lo que se pierde" o bien aquello que, por la irregularidad de los vínculos, estaba a punto de perderse en cualquier

momento. En este sentido tres mujeres marcaron vida y obra del poeta: Elena Ossorio, Filis, el amor de los años mozos. Micaela de Luján, Lucinda, amor de la madurez. Marta de Nevares, que le acompañaría en el otoño de su vida.

ELENA OSSORIO

Elena, su primer amor verdadero, no fué olvidada nunca. Su figura estaría constantemente a su lado, trayéndole mensajes de juventud. Debió de ser una mujer desgarrada, hermosa, libre en sus costumbres, morena—"pues a Filis también, siendo morena...", escribe Lope en un soneto—, de ojos negros quizá. Amor turbulento, escandaloso, con procesos y destierro para Lope. La huella dejada en el poeta debió de ser demasiado profunda. Lope la recordaría siempre como una gran actividad, como algo poderoso y elemental. No sucedería esto sólo por la razón de ser Elena la primera de sus grandes pasiones, sino acaso por tratarse del carácter más fuerte, más independiente, menos sumiso. Elena y Lope, jóvenes, se trataron de poder a poder, con violencias, arrebatos, desprecios. Fué probablemente la única mujer que dejó a Lope antes que él pudiera cansarse. En realidad es Elena la mujer que buscaría siempre: en ella había ese poco de inquietud necesaria para que las relaciones no sean monótona costumbre. Sí, mujer morena, según sabemos, desgarrada, dramática, popular, con pocas complicaciones intelectuales, muy femenina, profundamente sensual, amiga del desplante, conocedora de su poder de atracción que usaría para dar celos al poeta.

Una de esas mujeres que, pasados los años, se recuerdan como algo presente, vivo y apasionante, aunque el rostro se borra. Sus ojos debieron de ser negros, y por eso en la memoria de Lope, a quien atraían los claros, se borraron. Cuando habla de su Filis, no alude al color de sus ojos. En *La Dorotea,* póstuma de sus musas, como él mismo diría, la obra que le ocuparía casi toda su vida y en la que recrea las relaciones con Elena, sólo en un romance del acto primero que don Fernando dedica a Dorotea, Lope a Elena, habla de "tus ojos verdes". Mas parece un lugar común literario, pues no vuelve a señalar esta característica de su amante. En el romance "Después que acabó Belardo", escrito por Lope con ese artificio que consiste en presentar a Filis enamorada todavía de él, cuando a él ya no le importa (sabemos que la realidad fué exactamente la contraria), hay tres versos que dicen:

...unas lágrimas que vierte
de su lastimado pecho
adonde amor vivió siempre...

No hay poeta que, en un romance asonantado en e-e, deje de citar el color verde de los ojos si efectivamente el modelo los tuvo. Máxime cuando aparecen "lágrimas". Y este argumento es más profundo de lo que parece a primera vista. Más profundo de lo que se desprende de su misma apariencia trivial. Sí: unos ojos verdes son una mina para un poeta, un mirlo blanco, una joya rara. Y bien los aprovechó Lope en el caso de Marta de Nevares. Negros debieron ser los ojos de esta mujer apasionada, la que nunca olvidó el poeta. Acaso, junto a la pasión, hubo mucho de despecho posterior, del que se liberó escribiendo romances despechados, redondillas chulescas.

Rabiosa quedas y herida,
de mí solo el pecho lleno.
¡Ay Dios, quién fuera veneno
para acabarte la vida!

Dirás que contenta estás;
pues yo sé que, aunque lo doras,
algunas lágrimas lloras
y algunos suspiros das.

¿Sabes, porque no te asombres,
por qué te pesa también?
Porque soy hombre y sé bien
que quieres bien a los hombres.

Que te aseguro de mi
que me parto consolado
en que si voy desterrado,
a lo menos voy sin ti.

Se adivina la arrogancia que nace del fracaso, del "están verdes". Fué la amante huidiza y al fin huída. La mujer fatal, como se diría después, el animal vivo y hermoso. Se fué del lado de Lope antes que él pudiera dejarla unida para siempre a él con esa cadena que son los hijos.

MICAELA DE LUJAN

Lope tiene treinta y seis años. Micaela, veintiocho. Está casada y tiene tres hijos. Lope halló en Elena Ossorio el desorden, la agitación que siempre buscaba, al que fatalmente estaba condenado. En Micaela busca ahora la paz, la quietud, una cierta armonía. Es mujer reposada y maternal, dulce, amparadora. Pero cuando Lope busca el sosiego, inconscientemente desea el desorden. Porque si con Micaela tiene hijos, si lleva una vida organizada y serena, no hay que olvidar que está casado con Juana de Guardo. Dos hogares, pacíficos, bien organizados, dos vidas ordenadas, dan por resultado una forma de desorden, le obligan a una doble vida. Sin contar con el conflicto interno que supone vivir en compañía de una mujer casada.

Elena aparecía en sus versos retratada con vaguedad, tópicamente, convertida en personaje de poesía. Debió de ser una de esas personas dinámicas, arrolladoras, imposibles de reflejar en un retrato estático. En Micaela hay una quietud y serenidad mayores. Su belleza es una belleza real, no un atractivo subterráneo. Rubia y con los ojos azules, parecería una pastora de novela, de romance, de soneto aún renacentista:

Con una risa entre los ojos bellos
bastante a serenar los accidentes
de los cuatro elementos diferentes
cuando muestra el amor el alma en ellos;

Con dulce lengua y labios, que por ellos
muestra los blancos y menudos dientes,
con palabras tan graves y prudentes
que es gloria oillas si descanso vellos;

Con vivo ingenuo y tono regalado,
con clara voz y pocas veces mucha,
con poco afecto y con serena calma,

con un descuido en el mayor cuidado
habla Lucinda... ¡Triste del que escucha,
pues no le puede responder con alma!

Una mujer blanda, acariciadora, rubia como un personaje de pintura veneciana. No poseía el fuerte atractivo carnal de Elena, sino otro más suave y espiritual, que llega y llama al alma, como Lope dice en su soneto transcrito, sin que el alma pueda responderla. Lope la adora y se siente un poco hijo suyo, sin los arrebatos carnales que despertaba Elena.

Ya no quiero más bien que sólo amaros,
ni más vida, Lucinda, que ofreceros
la que me dáis, cuando merezco veros,
ni ver más luz que vuestros ojos claros.

Para vivir me basta desearos,
para ser venturoso conoceros...

Cuando digo a Lucinda que me mata
y que me hiela y juntamente enciende...

Puede que haya mucho de tópico petrarquista en esto. Pero es curioso que estos tópicos no sirvieran para intentar retratar a Elena. Y cuando el amor acaba no serán desplantes los que Lucinda merezca, sino que el poeta dirá:

Ya huyo como esclavo del castigo;
guardaos, que ya me voy, y al fin partiendo,
no sé qué haré de vos, pues váis conmigo.

Ha cerrado con tristeza una etapa que tuvo la placidez de un atardecer de verano.

MARTA DE NEVARES

Es el amor de la madurez de Lope. Debía de haber en ella algo de aquel espíritu maternal que poseyó Micaela, una belleza sosegada, al tiempo que algo profundamente dramático y como desvalido. Su juventud—no tenía treinta años y ya andaba Lope por los cincuenta y tantos—le prestaría al poeta la que él ya no poseía. Casada a los catorce años, el tiempo transcurrido hasta su encuentro con Lope habrá sido como un largo vacío. No ha tenido hijos de su matrimonio. Probablemente sufre con resignación, casi sin darse cuenta de su sufrimiento, pasivamente, una vida sin objeto y sin ilusión. A Lope le habrán atraído estos ojos verdes que miran dentro de sí enigmáticos y doloridos. Habrá en el poeta no sólo el afán de ser joven viéndose amado por una mujer joven, a la que seguramente habrá cortejado más de un galán, sino también un afán amparador y paternal llevando alegría y sentido a un ser que se le aparece como un niño que nunca se oye reír. Otra vez busca la paz Lope, y de nuevo tropieza con el desorden, pues ella es casada, él es sacerdote y a la muerte del marido de Marta, tras escándalos y comentarios malignos, vivirán en el hogar los hijos, legítimos o no, de Lope junto a Antonia Clara, nacida de este último amor. Ha desaparecido la pasión arrebatadora y queda un amor dulce que pone paz en sus vidas.

Luego, ya se sabe. Los hijos de madres diversas van abandonando este extraño hogar—se casan, ingresan en un convento, van a Indias—y quedan Marta y Lope en compañía de la hija de ambos. Es cuando Marta queda ciega, enloquece, muere. Cuando la hija quinceañera es raptada. Cuando el huerto deshecho. Y es en estos años de soledad cuando la presencia de la muerta llega a hacerse dolorosa. Cómo goza y sufre Lope recordando los ojos:

Dos vivas esmeraldas que mirando
hablaban a las almas al oído.

El color de las mejillas, la forma de la nariz, la voz cálida:

Con celestial belleza la decora,
como por ella el alma se divisa,
la dulce gracia de la voz sonora
entre clavel y roja manutisa.

La mano:

Su mano alguna vez que la fortuna
estaba de buen gusto, me fiaba,
con que pensaba yo que de la luna
la humilde mía posesión tomaba.

Todo le habla de una paz desconocida:

Qué vida fuese la dichosa mía
de la pasada os diga la aspereza,
porque no mereció tanta alegría
quien antes no pasó tanta tristeza;
¡oh, cuántas veces me enojaba el día

sacando de mis brazos su belleza,
y cuántas veces le quisiera eterno
por largas noches el oscuro invierno!

Todos aquellos detalles, precisiones, datos vivos que antes no tuvieron cabida en sus otros amores y poemas, aparecen en sus últimas creaciones. Parece como si sólo pretendiera recordar en voz alta. Y se llena su vida de remordimiento, de terrible dolor que expresa desesperadamente:

Ojos, si vi por vos la luz del cielo,
¿qué cosa veré ya sin vuestra vista?
¿O cómo el alma admitir consuelo
que la violencia del dolor resista?

Mas ¡ay de mí! que fué para engañarme,
para morirse, sin que yo muriese,
o para no tener culpa en matarme,
porque aún allí su amor se conociese.

Yo cantaré tus ojos con tan puro
verso como mi amor, sin que el dialeto
de mi patria se ofenda por oscuro,
porque lo que es oscuro no es perfeto;
y aquellas esmeraldas que por muro
tuvieron flechas del amor discreto,
en cuya verde luz, águila firme,
cinco lustros ardí sin consumirme.

Ya están aquí sonando los instrumentos del romanticismo, en esta hora terrible de la vida de Lope, peregrino en esta patria primera que son las mujeres y de las cuales no salió nunca, enriqueciendo su poesía.

Pero creo que es necesario acabar aquí estas notas, incompletas, si no suficientemente extensas para considerar el tema agotado, lo suficientemente largas para que empiecen a ser impertinentes en una Revista que obliga a mayor brevedad.



JOSE HIERRO